

DONDE ESTÁ CRISTO NO HAY MUERTE

José Luis Martín Descalzo, aquel gran sacerdote, periodista y escritor, nos dejó poco antes de morir su Testamento del pájaro solitario, una colección de sonetos que les recomiendo. He aquí la segunda estrofa de uno de los más hermosos:

**Morir sólo es morir. Morir se acaba.
Morir es una hoguera fugitiva.
Es cruzar una puerta a la deriva
y encontrar lo que tanto se buscaba.**

Cuando nuestra sociedad trata de vivir de espaldas a la muerte, aunque finalmente no puede pararla, ni ocultarla tras unos ritos funerarios cada vez más fríos y distantes, está bien que se nos recuerde que “morir sólo es morir” y que “morir se acaba”. Porque morir no es sino cruzar esa puerta que permite “encontrar lo que tanto se buscaba”.

Como la losa del sepulcro que guardaba el cadáver de Lázaro fue corrida al imperativo de Jesús, rompiendo la barrera entre la vida y la vida, la de aquí y la del más allá, así hemos de entender nosotros la muerte, que no es lo definitivo, por mucho que nos empeñemos en no creer en la resurrección y nos aferremos a esta vida precaria. La muerte no es sino “una hoguera fugitiva”, el túnel que da paso a la nueva luz. Es el nuevo alumbramiento del que sale el hombre nuevo. Si esto se nos hace duro de creer, aún siendo la revelación esencial de Jesús por el poder de Dios, si somos “seres para la muerte” y estamos condenados a desaparecer del todo, triste es la condición humana.

Pero sabemos que donde está Jesucristo no hay muerte. Así lo confesaban aquellas dos hermanas amigas de Jesús, tristes por la muerte del hermano: “si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano”. Las dos dicen lo mismo como saludo, sin haberse puesto de acuerdo. Si hubieras estado aquí, no habría muerto mi hermano. Así es y hay que meterlo y grabarlo en el corazón: donde está Cristo no hay muerte.

Aquella muerte, la de Lázaro, era para que se manifestara la gloria de Dios. Lo mismo que la ceguera de aquel ciego, que no lo era por sus pecados o el de sus padres. Y es que en todo mal, en toda muerte, en todas las cruces del camino, si Cristo se hace presente, si lo invocamos y traemos hacia nosotros por la fe, se llegará a manifestar la gloria de Dios. Que es el triunfo del bien y de la vida sobre el mal y sobre la muerte.

No volveremos a ver en la tierra a los seres queridos. No verán los ciegos con los ojos de su cara. No se les quitarán los dolores a los artríticos, ni podrán caminar los tetraplégicos. Pero sabrán que, por duro y abrasador que sea el fuego, es fugitivo. Y no les quitará nadie la esperanza. ¡Qué diferente es el dolor del creyente al del que no cree! “Yo soy la resurrección y la vida... Quien cree en mí, aunque haya muerto vivirá, y quien vive y cree en mí, no morirá para siempre”.

JOSÉ MARÍA YAGÜE